

pensar en esa vision durante el día, porque teniendo vuestra imaginación siempre fija en esa idea, preparais vos mismo la alucinación de la noche. Mandad á buscar esta pocion y ella os procurará un sueño sin pesadillas de que teneis mucha necesidad. Está calculada su dosis de modo que podais dormir hasta las once de la noche. Mandareis que os traigan la cena á vuestro cuarto y yo mismo me convidó, y los dos juntos esperaremos la vision.

Matifay quiso coger la mano del doctor para besársela, pero este la retiró no sin mostrar alguna repugnancia.

Hay instintos y prevenciones que rara vez engañan. Nunca habia podido M. Ozam amar ni estimar al « hombre mas honrado y mas rico de Francia. »

Y segun iba bajando las escaleras con su receta en la mano, iba meneando la cabeza y diciéndose con aire muy preocupado :

— Debajo de esta locura debe haber algun crimen.

En la antesala encontró á Larose, que apenas habia tenido tiempo de dejar su puesto de espionaje al oír salir al doctor, el cual le entregó la receta diciéndole que el señor baron no estaria visible para nadie en todo el día.

Y luego, como todavia era temprano, se resolvió á pasar á casa de madama Lamouroux, rentista, á donde, por lo ordinario, no solia ir sino por la tarde.

A pesar suyo se sentia oprimido por la confidencia vacilante de Matifay, de este hombre que traspiraba el crimen y los remordimientos por todos los poros de su cuerpo.

El doctor sentia la necesidad de refrescarse el alma sentándose durante algunos minutos á la cabecera de la Pippione.

¡Ay! la pobre niña estaba bien malita, y el doctor tenia pocas esperanzas de salvarla; pero hay muertes cuya vista inspira mas bien enternecimiento que tristeza, lechos de agonía cerea de los cuales cree uno oír sin cesar el misterioso y alegre batir de las alas de un ángel que se va al cielo volando.

M. Ozam habia tomado un cariño casi paternal á esta enferma que la casualidad le habia procurado; y nunca durante su larga carrera medical habia experimentado un deseo tan vehemente de luchar cuerpo á cuerpo con la muerte y arrancarle su presa.

Hacia ya algunas semanas que se habia empeñado en esta lucha con encarnizamiento, pero los únicos resultados que habia conseguido hasta aquel día eran puramente negativos.

El estado de la Pippione no habia empeorado, es verdad, pero tampoco habia dado un paso adelante en la via de la curacion.

Cuando el doctor entró en el cuarto de su querida enferma, la encontró sentada en la cama, sonriéndose y en medio de una multitud de almohadas al rededor de su cuerpo para sostenerla.

Las cortinas de las ventanas estaban descorridas y dejaban penetrar la claridad del día en toda su plenitud, la claridad de un sol de invierno despejado.

En aquel cuarto, tan triste ayer todavia, todo respiraba

hoy vida y alegría; hasta los ajados y marchitos ramilletes de la chimenea parecia como que habian vuelto á tomar sus primitivos colores para festejar á la Pippione.

A los dos lados de la cama se hallaban sentados José y madama Lamouroux, y las agradecidas miradas de la pobre niña iban y venian del uno á la otra, no sabiendo sobre cuál de estos dos rostros queridos debian fijarse con mayor preferencia.

José parecia estar muy gozoso; madama Lamouroux estaba seria y pensativa.

En sus hermosos ojos enternecidos irradiaba la alegría serena y tranquila que causa la esperanza, una de esas esperanzas dulces y celestiales á las que apenas se atreve uno á entregarse.

El doctor Ozam se acercó sin ruido al grupo que formaban estas tres personas, y tomando el descarnado brazo de la Pippione, dijo :

— Vamos, la caridad ha hecho el milagro que la ciencia medical habia intentado hacer en vano... Os tomaré por enfermera, madama Lamouroux, porque, gracias á vuestra dulce influencia, la Pippione se ha salvado.

XXIV

LA CONFESION DE CHINELA.

Volvamos algunas horas atrás, y continuemos nuestra relacion tomándola en el momento en que el baron Matifay acaba de ser salvado providencialmente por la brusca intervencion de José, Elena, Jacquemin y Clemente.

Atado de piés y manos, con la boca tapada, y reducido á la impotencia antes que hubiese podido dar el menor grito, Chinela habia sido arrojado como un costal de paja sobre la banqueta del carruaje.

Por una parte se hallaba demasiado achispado, y por otra, como el ataque habia sido tan brusco é inesperado, no habia podido ni casi tenido tiempo para darse cuenta de lo que le pasaba.

¿Entre las manos de quién se hallaba? No lo sabia.

Pero una vez pasado el susto de la sorpresa, desapareció su chispa por completo, y con la cabeza mas despejada, empezó á reflexionar acerca de la posicion en que se encontraba.

Su primera impresion fué la del horror que le causó el atentado que iba á cometer en el momento en que la agresion de que habia sido objeto, agresion inexplicable todavia para él, habia venido, por dicha, á impedirselo.

Chinela no era de tierno corazón, y un puñal en su mano no le causaba miedo, como lo probaba demasiado la historia de Thomaso Paz y de la Monna Feretti; pero nunca se

habia dejado llevar de aquellos arrebatos de sangre sino por celos ó por venganza; y aquella noche iba á asesinar por robar...

Y á Dios gracias sus manos no se habian manchado ni con aquel oro, ni con aquella sangre.

Pero por eso, su situacion no se habia mejorado.

Sus agresores debian pertenecer sin duda á la policia, porque, fuera de la policia, ¿quién podia tener interés en apoderarse de un pobre diablo como Chinela?

Esta suposicion era la mas natural, y por consiguiente la mejor: así es que Chinela se fijó en ella, si bien no dejaba de sorprenderle el ver á una mujer mezclada en el negocio.

Es verdad que los agentes de la policia de seguridad representan todos los papeles y emplean todos los medios para desempeñar su arriesgada mision, y aquella mujer debia ser un agente disfrazado.

Chinela no habia podido examinarla de cerca, y la oscuridad profunda que reinaba dentro del carruaje, le impedia el poderse asegurar de la realidad de su suposicion.

Así pues, segun sus cálculos, se hallaba entre las manos de la policia; y al fin y al cabo, ¿qué arriesgaba? No le habian cogido *in fraganti*, y la intencion no es lo mismo que el hecho consumado. El nombre de Chinela no era mas que un apodo, y aun si se hubiese querido remover el negocio de Nápoles, con solo negar los hechos le bastaba, pues nada podia probarsele, ademas que semejante asunto estaria ya olvidado hacia mucho tiempo.

Y todo se reduciria, al fin de cuenta, á sufrir algunas semanas de prision por vagancia.

Tan luego como se arraigó bien esta conviccion en su ánimo, tomó su resolucion.

Se propuso guardar el mas completo mutismo á cuantas preguntas le hiciesen, sistema que le pareció tanto mejor y mas adoptable, en razon á su supuesta ignorancia de la lengua.

El carruaje iba disparado. Habia bajado á trote largo la cuesta de la calle del Faubourg-Saint-Martin, y acababa de torcer hácia la derecha en direccion á los bulevares. Esto le sorprendió á Chinela.

Segun él, debió haber seguido por la calle de San Martin derecho á los malecones, que era el camino mas corto para conducirlo al depósito de la Prefectura de policia.

Eran ya las dos de la mañana, y apenas se encontraba alguno que otro transeunte rezagado que volvia de los teatros del bulevar del Temple.

El coche iba siguiendo siempre la linea iluminada de los bulevares, sin tomar por ninguna de las calles que van á dar al rio.

Chinela se hallaba completamente imposibilitado de moverse, de hablar, de oír, pero no de ver.

Aprovechándose de los mismos movimientos del carruaje, habia conseguido irse acercando insensiblemente á una de las portezuelas, y con la cabeza apoyada contra el rincon del coche, miraba, por entre los cristales empañados con el barro y la niebla, el camino que llevaba.

— ¡Tate!... ¡Tate! se dijo á si mismo, no es con la policia con quien tengo que habérmelas. ¡Oh! pues tratemos de ponernos en guardia, y estar muy sobre aviso.

Y en su imaginación vinieron naturalmente á recordársele los dos hechos que tenian entre si bastante analogia: el rapto de la Pippione, y el suyo propio de esta noche.

De seguro que si él, Chinela, era objeto de un rapto, no debia ser por su bella figura. Su rapto era la consecuencia inmediata del de la Pippione.

Pero ¿qué era lo que iban á pedirle ó preguntarle?

— Ya veremos eso... se decia Chinela.

Y esta vez fué casi con alegría que se fijó en esta idea.

Si se habian dado tanta pena para apoderarse de él, se decia, era sin duda porque lo necesitaban, y se prometió en su interior sacar todo el partido posible, haciéndose pagar bien caros sus servicios.

Los italianos tienen la comprension fácil y el espíritu sutil, segun se ve: así es que Chinela, solo por la fuerza de la induccion y de la lógica, habia llegado á adivinar en parte la verdad.

Una vez lanzado en este camino, ya no se separó de él. Combinaba y estudiaba el papel que probablemente iba á representar, y arreglaba su plan como un autor dramático que tiene que combinar las dos consecuencias posibles de una misma situacion, y que busca laboriosamente la mejor. En efecto — admitida la hipótesis de que era á causa de la Pippione por lo que se habia ejecutado su rapto — se presentaban dos eventualidades tan probables como lógicas.

Los que se habian apoderado de él tan misteriosamente eran los amigos, ó los enemigos de la Pippione.

Si tenian interés en hacerla desaparecer, como ya lo habian intentado en Nápoles, entonces comprarían el silencio de Chinela.

Si, al contrario, su objeto era el hacer patente la identidad de la Pippione, en ese caso él les vendería caro su testimonio. De todos modos, él tenia ganada la causa.

A los que se manifestasen admirados por semejante sutileza de raciocinio en el cerebro de un titiritero vulgar y empresario de polichinelas, podria responderseles dos cosas: la primera, que el cerebro de Chinela no era tan obtuso como podria creerse, sino que al contrario, libre de los vapores del vino, adquiria una lucidez particular, porque en todo italiano hay el germen de un diplomático, y en todo napolitano la sutileza y sagacidad de dos italianos.

En seguida, que el sueño dorado de toda su vida habia sido el de enriquecerse por medio de la Pippione.

Mientras que habia estado entretenido en Nápoles con la Monna y con su amor salvaje, no habia pensado en este gran proyecto; pero desde que puso el pié en el territorio francés, no habia dejado de ocuparse de esta idea, ni un solo instante.

Era por causa de ella por lo que él habia atravesado á pequeñas jornadas toda la Francia, hasta que vino á confundirse en este mar inmenso: Paris.

Y aun, en esto, Chinela razonaba con una lógica rigurosa.

No es por un pequeño interés por lo que se decide ó se resigna á abandonar un niño. Los que se habian desembarazado de la Pippione por un medio tan ultra-legal, debian ser muy ricos.

Pues como Paris es el foco luminoso hácia el que vuelan todas esas mariposas humanas, los ricos y los ambiciosos, era muy natural que Chinela se dirigiese allí tambien para buscarlos.

Y al fin y al cabo, como Paris no es mas que cuatro veces mayor que Nápoles, Chinela estaba persuadido que no le seria difícil el hallarlos.

Peró al cabo de ocho dias reconoció que su tarea era casi imposible.

En las ciudades italianas se vive mas fuera que dentro de casa, se vive mas en las calles y en las plazas; en las del norte, al contrario, la existencia se pasa mas en el interior, se vive ó en su oficina ó despacho, ó en el circulo; y cuando se sale, se va en un coche muy cerrado.

Así pues, Chinela se vió obligado á confesar que para volver á hallar al desconocido que en otro tiempo le abandonó á la Pippione, le serian necesarios medios de que él carecia absolutamente para poderse introducir en el corazon mismo de la vida parisiense.

Viviendo en la misma ciudad, á veinte pasos quizás del desconocido, podrían pasarse muy bien veinte años sin que la casualidad le hiciese encontrarse con él cara á cara.

Y hé aqui que esta casualidad se presentaba en el momento mismo en que Chinela habia perdido enteramente las esperanzas de encontrarlo.

El carruaje habia vuelto la esquina del bulevar y de la calle Vivienne, y se paró en frente del establecimiento de madama Rozel.

Durante todo el camino, ni Elena, ni José habian pronunciado una sola palabra.

La portezuela se abrió y dejó ver los dos rostros de Jacquemin y de Clemente.

Elena se habia apeado ya, y estaba tratando de abrir la puerta.

La calle estaba absolutamente desierta, solamente del lado de la plaza de la Bolsa se oia el paso sonoro de un transeunte que marchaba apresurado.

José aparentó estar pagando la carrera á Clemente para dar lugar á que el transeunte hubiese vuelto la esquina del bulevar Montmartre.

En seguida, él y Luis cogieron á Chinela entre sus brazos, y mientras que Clemente se quedó haciendo centinela, lo introdujeron en la tienda que estaba enteramente á oscuras.

Después, subiendo por la escalera particular de madama Lamouroux, lo trasportaron al primer piso, en donde lo colocaron en un cuarto separado por un simple tabique de aquel en que estaba la Pippione durmiendo tranquilamente.

La puerta de la tienda habia vuelto á cerrarse, y en toda la casa reinaba la oscuridad mas completa.

— Ahora, se dijo Chinela al sentirse balancear, como un

niño á quien se mece, entre los brazos de sus dos conductores, ahora es cuando necesita uno tenerse firme.

Ya lo hemos dicho antes, en la oscuridad del carruaje, Chinela no habia podido distinguir de modo alguno los rostros de sus misteriosos raptos, y ahora le habria sido aun mas difícil el hacer la menor investigacion ni examen.

El cuarto á donde le habian llevado estaba igualmente á oscuras; allí lo habian echado sobre un divan como una masa inerte, y él ni aun oia el ruido de las pisadas amortiguadas en la afelpada alfombra.

Oyóse el ruido seco que hace un fósforo al frotarlo, y una luz fugitiva se extendió sobre los objetos que le rodeaban.

Chinela se aprovechó de este relámpago para echar una rápida mirada á su alrededor.

Se encontró en una pieza vasta amueblada con sillería y alfombra de color azul turquí con dibujos negros. En el fondo, habia una alcoba grande y una cama con colcha y colgaduras de los mismos colores.

Todo muy simple á la verdad, pero Chinela no habia visto nunca nada tan rico.

Y este lujo le confirmó en sus sospechas y suposiciones.

Tambien habia tenido tiempo — ¡cuántas cosas no pueden verse de una sola mirada! — tambien habia tenido tiempo de ver á dos personas de pié, cerca del divan en donde estaba tendido.

Al hombre y á la mujer del carruaje. Era Jacquemin, que después de haber frotado el fósforo, lo acercaba á una bugia.

La bugia brilló en la oscuridad como una estrella; pero Chinela no se aprovechó de su luz para continuar su examen.

Empezaba á representar su papel. Antes que todo, conocia que le era necesario recopilar sus ideas y prepararse de antemano á representar bien el papel de cuyo desempeño iba á depender su fortuna.

Su cerebro no estaba todavía bastante tranquilo ni despejado para que se aventurase á entrar desde luego en escena: así exageró su embriaguez algo mas de lo que era, cerró los ojos y aparentó dormir profundamente.

Le habian desembarazado de las cuerdas con que estaba atado y del pañuelo que le habian puesto en la boca, de modo que si ahora no veia — porque no queria — por lo menos oia y escuchaba.

Clemente, después de haber dejado el carruaje no se sabe donde, habia vuelto á unirse con Luis, y lo ayudaba á desembarazar á Chinela de sus lazos. Mientras tanto, José y Elena se habian retirado al rincon mas lejano del cuarto y hablaban en voz baja.

A ellos era á quienes Chinela escuchaba, esperando poderse poner al corriente de la situacion en que se encontraba, por medio de alguna palabra pronunciada en voz mas alta, que le indicase la conducta que habia de seguir.

Peró Elena y José hablaban tan bajo, que sus voces alternadas no llegaban á sus oidos mas que como un zumbido; solamente le pareció que en medio de ese ruido sordo pronunciaban un nombre: el de la Pippione.



José meneó fuertemente á Chinela.

Después que Elena y José concluyeron su conciliábulo, este dijo en voz alta:

— Por esta noche, no podremos sacar nada de este animal.

— Probémoslo, respondió Elena.

Y los dos se acercaron al divan.

José meneó fuertemente á Chinela, diciéndole al mismo tiempo:

— ¡Eh! Chinela...

Este abrió sus ojos pálidos y vidriosos, y dando un gruñido de mal humor, los volvió á cerrar en seguida.

Esta rápida mirada le bastó sin embargo, para asegurarse que no habia visto en su vida á Elena. En cuanto á José, le pareció que no era esta la primera vez que le veia, pero ¿en dónde?

En todo caso, no era él ni podia ser el mismo que en otro tiempo le habia abandonado á la Pippione en Nápoles.

Porque José era joven todavía, y el otro sugeto, de alguna edad en aquella época, debia ser ahora muy viejo.

Estas observaciones no le servian de gran cosa á Chinela; pero al fin siempre era algo.

— Ya lo veis, dijo José á Elena, no está en estado ni aun

de pronunciar una palabra. Esperemos á mañana. La relacion de la Pippione me ha aclarado ya ciertos puntos oscuros, y durante el dia iré á la embajada de Nápoles.

Apesar de la resolucion que habia hecho de mostrarse insensible á todo, Chinela no pudo menos de estremecerse.

Ahora ya estaba seguro, sin que de ello le quedase la menor duda, que se trataba de la Pippione; pero al mismo tiempo le inquietaban aquellas noticias que iban á inquirir acerca de él en la embajada.

— Nos oye, dijo Elena, á quien no se le habia escapado el estremecimiento de Chinela, y ¿quién sabe? añadió, nos está escuchando quizás.

Volvió á coger á José por el brazo, y lo llevó á la extremidad del cuarto.

Y allí se pusieron á hablar de nuevo en voz baja.

Clemente y Luis, por discrecion, se habian pasado á un cuarto inmediato.

Esta segunda conferencia fué mucho mas larga que la primera. Elena parecia querer insistir y José disuadirla de ello.

No pudo lograrlo; volvieron á sentirse sus pasos sobre la alfombra, y Chinela, á pesar de continuar deliberadamente